

II

Para mostrar César la confianza que tenía en Cicerón, le convidó á pasar un día con él en su casa de campo y escogió el tercero de las Saturnales. La relación de esta visita se ha conservado en una carta á Atico. «¡En qué recelos, le dice, me ponía este huesped! Mas no me ha pesado recibirle, y todo ha sucedido á mi gusto. La víspera de venir á mi casa llegó á la de Philipo, mi vecino, y todo estaba tan lleno de soldados, que apenas quedaba libre una pieza donde darle de cenar, pues había dos mil hombres. Al ver esto, me causó apuro el considerar lo que me esperaba al día siguiente; pero Barba Casio me libertó de ello, dándome una guardia y haciendo acampar toda la demás tropa, de suerte que mi casa quedó desembarazada.

»Cesar se detuvo con Philipo hasta la una del día. No recibió á nadie y se ocupó, según yo sospecho, en ver cuentas con Balbo. Después se paseó por la ribera del mar. Llegado á mi casa, se metió en el baño á las dos, y mientras estaba en él hizo le leyesen los versos contra Mamurra, que oyó sin alterarse poco ni mucho. Luego se hizo frotar y perfumar, y tomó un emético que le hizo comer y beber con apetito y gusto. Todo estuvo abundante y espléndido, y lo que es más, *condimentado y sazonado con franca y amena conversación*. Además de la mesa de César había otras tres para sus acompañantes, servidas con igual abundancia, y sus libertos y esclavos

vos tuvieron cuanto habían menester. En una palabra, creo haber quedado con mucho honor, pero á decirte la verdad, no es éste de aquellos huéspedes á quienes se dice que se les espera á la vuelta : basta una vez.

»No he hablado una palabra de negocios, y todo ha sido buen humor y literatura. Me parece que ha estado divertido y contento y, según dijo, se detendrá un día en Puzolo y otro en Baya. Ve aquí la relación de su hospedaje, que al principio me aposadumbró, teniéndole por muy embarazoso, y en realidad no lo ha sido... Al pasar por casa de Dolabela se formó la tropa á derecha é izquierda, lo que no ha hecho en ninguna otra parte. Nicias me ha dicho esta circunstancia».

El día último de Diciembre murió de repente el cónsul Quinto Fabio, y habiéndose sabido su muerte por la mañana, César dió su consulado á la una del día á Cayo Caninio Rebilo, cargo que no podía durarle más que lo restante de aquel día. Esta profanación de la primera dignidad de la República, indignó generalmente á toda clase de personas y llovieron apodos sobre un consulado tan ridículo : algunos se han conservado, y Cicerón mismo, que fué quien dijo los más, refiere varios en esta carta.

Cicerón á Curión.

«No te diré que vengas á Roma, como te lo decía antes, porque yo mismo pienso en irme volando á donde no oiga los nombres ni las acciones de estos hijos de Pélope. No te puedes figurar lo que me avergüenzo de ser testigo de lo que aquí pasa. Tú debiste de adivinarlo cuando tomaste el partido de ausentarte, pues si es molesto oír la relación de los sucesos ridículos, el estar presente á ellos es insoportable. Ha sido fortuna para ti no hallarte en el Campo Marcio á las siete de la ma-

ñana, cuando se iba á hacer la elección de Cuestores. La silla curul de Q. Máximo, á quien éstos llaman cónsul, fué puesta en su lugar, y poco después se supo su muerte y desapareció su silla. César, que acababa de tomar los auspicios para la Asamblea de las tribus, la convirtió al instante en Asamblea de centurias, y á la una del día nombró un nuevo cónsul para gobernar hasta media noche. Y así has de saber que durante el consulado de Caninio nadie ha comido ni se ha experimentado el menor desorden, y ha sido tal su vigilancia, que ni un minuto se ha entregado al sueño. Estas cosas, te parecerán ridículas estando ausente; pero, si las vieras, te harían llorar. ¿Qué quieres que te diga? Hay mil como éstas que yo no podría sufrir si no me hubiese refugiado al puerto de la Filosofía con nuestro amigo Atico, compañero fiel de todos mis estudios... Adiós».

Tenía César tantos amigos y criaturas que esperaban de su mano el consulado por recompensa de sus servicios, que era imposible contentarlos por el método ordinario, y así aprovechaba las ocasiones de favorecer á algunos con aquella dignidad por meses, á otros por semanas, y á alguno por un día; porque no siendo más que un mero honor, sin ninguna autoridad ni poder, nada le importaba concederle por poco ó por mucho tiempo: tanto más que el tiempo largo ó corto daba los mismos derechos ó prerrogativas, porque el que era una vez cónsul, gozaba del carácter y rango de senador consular.

A la entrada del año nuevo César se revistió por quinta vez de la dignidad de cónsul, tomando por compañero á Marco Antonio. Había prometido á Dolabela el consulado que tomó para sí, pero le hicieron mudar de idea los artificios y sugerencias de Antonio, que, celoso del favor que gozaba Dolabela, procuró sembrar desconfianzas y sospechas contra él, y sin duda éstas fueron

las causas de las precauciones injuriosas que adoptó César al pasar por cerca de su casa.

Dolabela quedó picadísimo y lleno de ira con este ultraje; pero atreviéndose á desahogarla contra César, hizo una invectiva muy terrible contra Antonio. Esta disputa produjo un altercado violento entre ambos, y habría pasado más adelante si, para aplacarlos, no hubiese prometido César á Dolabela que le resignaría el consulado cuando estuviese para marchar á la guerra contra los Partos. También Antonio llevó á mal este ofrecimiento, protestando abiertamente de que se opondría á la resignación en cualidad de augur, y transportado de cólera dijo que su enemistad con Dolabela era porque había descubierto sus manejos para corromper á su mujer y á su hermana. Esto probablemente era una impostura dirigida á cohonestar su divorcio y el nuevo casamiento que acababa de contraer con Fulvia, la viuda de Clodio.

La gloria de César había llegado á lo sumo y no podía ir más adelante. Era, según la expresión de Flore, una víctima adornada para el sacrificio. El Senado le había conferido los honores más extravagantes que la adulación podía escogitar; templo, altares, sacerdotes. Su imagen se llevaba en las procesiones públicas en medio de las de los dioses. Se había dado su nombre al séptimo mes del año, y le confirieron la dictadura perpetua.

Cicerón procuró reducir estos excesos á límites razonables, pero su celo fué inútil, porque en César se aumentaba el ansia de recibir, al paso que en otros el conato de ofrecer. Parecía intentaba probar hasta dónde podía extenderse la adulación de los romanos. Habiendo, pues, obtenido todo lo que podía desear, y no faltando efectivamente nada á su poder, no por eso se satisfacía su ambición, y se le puso en la cabeza que

necesitaba un título extraordinario, sin reflexionar que era inútil imprudencia que solamente le podía añadir odio y envidia. Con todo eso, quería ser llamado Rey. Plutarco admira la necedad del pueblo romano, que se estremecía al oír este nombre, y al mismo tiempo sufría con la mayor paciencia todos los males y horrores del Gobierno más despótico. Sin embargo, el más insensato de todos era el mismo César, pues aunque la muchedumbre comúnmente se deje llevar y gobernar por la opinión y por los nombres, en él no merecía excusa haber dado tanta importancia á un título vano, que en vez de añadir algo á su poder ó á su gloria, disminuía sin duda mucho aquella superior grandeza y dignidad de que estaba realmente en posesión.

Entre las cosas que se inventaban continuamente para adular á César, fué una la de instituir en su honor una nueva compañía de Lupercos, dándola su nombre, y Marco Antonio se hizo jefe de ella. El joven Quinto Cicerón ingresó en esta especie de cofradía, con consentimiento de su padre, pero con infinita repugnancia de su tío, que tuvo, no sólo por baja adulación, sino por una indecencia que un joven de su nacimiento y circunstancias se asociase con gentes tan inmodestas que iban corriendo desnudas por las calles de Roma, con movimientos y gestos de locos. César, vestido con su toga triunfal, sentado en silla de oro, en los Rostros gozaba de este espectáculo, cuando el cónsul Antonio, al frente de los Lupercos, se adelantó y le ofreció la diadema real, queriendo ponérsela en la cabeza.

Esta tentativa produjo un gemido universal en el pueblo, y César, que lo advirtió, rehusó la oferta de Antonio, lo que convirtió el gemido en alegres aclamaciones. Sin embargo, Antonio tuvo la insolencia de hacer registrar en los actos públicos, que, con consentimiento del pueblo romano, había ofrecido á César las insig-

nias y poder de rey, y que no las había querido aceptar. Los tribunos Marcelo y Cesecio no se contentaron con sufrir y callar como el pueblo, sino que arrancaron la diadema que secretamente habían puesto á la estatua de César, arrestaron á los sospechosos de haberlo hecho, declarando que César mismo aborrecía el título de Rey, y castigaron públicamente á algunos ciudadanos que le habían saludado por las calles con tal nombre. Esta oposición tan formal irritó á César tanto, que rompió los límites ordinarios de su moderación, y acusó á dichos tribunos de haber querido amotinar al pueblo contra él persuadiéndole que aspiraba á reinar. El Senado, amedrentado de su cólera, iba á castigar á los tribunos rigurosamente, pero él entonces se contentó con que fuesen despojados de su magistratura y del cargo de senadores. Esto fué para el pueblo la prueba más auténtica de cuán desordenadamente deseaba lo que fingía despreciar.

Tenía ya corrientes todos sus preparativos para la expedición contra los Partos, y las legiones estaban en marcha para Macedonia. Había nombrado para dos años todos los empleos de la República. Dolabela debía ser cónsul en su lugar por lo restante de aquel año; Hircio y Pansa al siguiente, y Décimo Bruto con Cneo Planco después. Pero como tenía ya fija la manía de ser Rey y había experimentado la resistecia del pueblo, dispuso que el Senado le diese este título antes de partir, fiándose en la ciega sumisión que hasta entonces había hallado en él para cuanto quiso; y á fin de que al pueblo no le extrañase mucho, hizo correr por la ciudad la voz de que, según las antiguas profecías de los libros sibilinos, no podían ser vencidos los Partos sino por un rey; con cuyo fundamento Cota, que era el depositario de aquellos sagrados libros, debía proponer en el Senado que se le ofreciese la dignidad real. Hablando

de esto Cicerón algún tiempo después, decía que ya todos esperaban entonces algún oráculo ó profecía preparada para el caso. «Pero convengámonos, añade, con los Pontífices, y dejémosles que lo hallen todo en sus libros, menos un rey; porque ni los dioses ni los hombres sufrirán le haya jamás en Roma».

Después de haber pasado tantas fatigas y peligros; después de haber empleado tantos años y tantos esfuerzos por allanarse el camino del imperio, parecía natural que César, comenzando á ser viejo, pensase en pasar el resto de sus días en la posesión tranquila de sus honores, de su gloria y de los placeres que el sumo poder y el mando absoluto del universo le ofrecían; pero su carácter no le dejaba vivir sosegado en medio de tanta fortuna. Por otra parte, veía que el pueblo estaba descontento con él ocultamente, y que si la magnificencia de sus fiestas y triunfos divertían algunas veces la ciudad, su alegría convertíase pronto en tristeza, considerando que aquellas profusiones le costaban demasiado caras.

De esto se infiere que la expedición contra los Partos era un pretexto político para apartarse por algún tiempo de Roma, dejando á sus ministros el ejercicio odioso del poder, mientras él lograba nuevos laureles, castigando á los enemigos más temibles de la República, para que los romanos, deslumbrados por tanta gloria, amasen un reinado tan brillante fuera, como dulce y clemente en lo interior. Pero la impaciencia desordenada de obtener la dignidad real trastornó todas sus ideas y le precipitó en la última desgracia. Los grandes, que ya desde mucho tiempo meditaban su ruina, se vieron en la necesidad de apresurar el efecto de su conspiración, para evitar la vergüenza de concurrir ellos mismos á fortificar un poder que detestaban. Los dos Brutos, cuyo linaje debía todo su esplendor á la expulsión

de los antiguos reyes, miraban el establecimiento de éste como una infamia personal y una eterna mancha de su nombre. Suetonio dice que hubo más de sesenta conjurados, la mayor parte senadores y consulares, pero que los jefes fueron Cayo Casio, y Marco y Décimo Bruto.

Marco Junio Bruto frisaba en los cuarenta años, y descendía por línea recta de Lucio Junio Bruto, primer cónsul de Roma, el que arrojó de ella á los Tarquinos y estableció la República, dando al pueblo la libertad. Siendo muy niño perdió á su padre, pero su tío y tutor Marco Catón le dió educación sabia y prudente, instruyéndole en las bellas letras, en la elocuencia y la filosofía, y por sí mismo le inspiró el amor más enérgico á la libertad y á la virtud. Las cualidades naturales de Bruto le hacían tan estimable, como las adquiridas con su industria y aplicación. Desde la edad en que apenas se comienza á conocer los negocios, ya había conseguido reputación en el Foro. Su estilo era correcto, elegante y juicioso; pero le faltaban la fuerza y facundia necesarias para ser orador perfecto.

La filosofía era su estudio predilecto, y en ella seguía la escuela más moderada, que era la de los Académicos; pero su gravedad natural, y más aún, el ejemplo de su tío Catón, le hacían inclinarse mucho á la severidad de los estoicos; aunque esta severidad no le caía muy bien, porque su genio era muy suave, inclinado á la clemencia, tanto, que muchas veces la bondad de su carácter desmentía sus principios.

Aunque su madre Servilia era apasionadísima de César, él se conservó siempre tan adicto al partido de la libertad que, no obstante el odio que tenía á Pompeyo, se declaró por él en la guerra civil. César, que le amaba, dió orden en la batalla de Farsalia para que no le matasen, y después de la victoria, cuando los restos del

bando vencido pasaron al África, las lágrimas de su madre y la generosidad del vencedor le impulsaron á dejar las armas y á retirarse á Italia.

César le ofreció todos los adelantamientos que podían consolarle de la desdicha de la patria, pero le apenaba la indignidad de recibir de mano de un amo, lo que quería merecer y recibir de la libre elección de sus conciudadanos. Además, la ruina de sus mejores amigos le inspiraba tal horror contra quien era la causa de tantas desgracias, que todas sus caricias y favores no le pedían suavizar. Por estos motivos se conducía con mucha reserva, viviendo retirado de la corte de César y sin mezclarse en sus consejos. Mas cuando se vió en la precisión de defender al rey Deyotaro, manifestó bien claramente á César que no había beneficios bastantes para hacerle olvidar que había nacido libre.

En este último intervalo cultivó mucho la amistad de Cicerón, cuyos principios sabía eran opuestos á las ideas del vencedor, y en su seno depositaba con entera confianza sus quejas sobre el estado miserable de la República. Quizá estas conversaciones contribuyeron tanto como el descontento general de los hombres honrados para animar á Bruto á restituir la libertad á la patria. Ya había defendido á Milón sobre la muerte de Clodio, fundándose en la máxima de que los que habitualmente quebrantan las leyes, no pudiéndoles reprimir la justicia, deben ser castigados sin ninguna forma judicial. Este era el caso de César mucho más que el de Clodio, pues su poder era ya tan superior á las leyes, que sólo el asesinato era medio para refrenarle. Bruto, pues, no tuvo otro impulso que éste, y así Marco Antonio le hizo la justicia de decir que de todos los conjurados fué el único que entró en la conspiración por sistema y principios, mientras los demás se movieron por fines particulares de odio, envidia y mala voluntad.

Estos conspiraron contra César, y Bruto contra el tirano.

Cayo Casio descendía también de familia muy antigua y distinguida, por lo celosa que era de las libertades públicas. Spurio Casio, uno de sus ascendientes, después de haber ganado el honor del triunfo y de obtener por tres veces la dignidad de cónsul, fué muerto por su propio padre porque aspiraba á tiranizar su patria. Cayo mostró desde su infancia lo que se podía esperar de la elevación de su espíritu y de su amor á la libertad. Yendo á la escuela con Fausto, hijo de Sila, se indignó tanto el oírle jactarse del poder y grandeza de su padre, que le dió fuerte bofetón, y habiendo Pompeyo hecho ir á los dos niños á su presencia para juzgar su disputa, declaró Casio que si Fausto tenía la avilantez de repetir las mismas palabras, lo trataría siempre de igual modo.

Había dado pruebas de su valor en la guerra de los Partos bajo el mando de Craso, de quien era cuestor, y aquel infeliz general habría salvado su ejército y su vida si hubiera seguido sus consejos. Derrotadas las tropas romanas, hizo una gloriosa retirada, conduciendo á Siria los restos de las legiones, y viéndose después perseguido por los enemigos que le tenían bloqueado en Antioquía, aprovechó tan bien sus descuidos, que no solamente salvó la ciudad y la provincia, sino además les ganó una gran batalla en la que quedó muerto su general.

En la guerra civil juntó las reliquias de la desdichada batalla de Farsalia, y embarcándolas en diez y siete naves, pasó con ellas á las costas de Asia para renovar, si podía, la guerra contra César. Algunos historiadores cuentan que encontró Casio á este victorioso caudillo cuando pasaba el Helesponto en una barquilla, y pudiendo quitarle la vida con facilidad, se espantó tan-

to de verle, que le rindió su escuadra con la mayor cobardía. Este hecho, por más que lo aseguren, parece increíble en un hombre como Casio, mayormente diciéndonos Cicerón todo lo contrario. En la segunda Filípica refiere que Casio, sabiendo que César se acercaba á la costa, se escondió á esperarle en una bahía de la Cilicia á la embocadura del Ciduo, con esperanza de sorprenderle y acabar con él; pero que el afortunado César desembarcó en otro sitio, y Casio, viendo malogrado el golpe y al enemigo en un país que seguía su parcialidad, se vió forzado á hacer la paz con él, entregándole sus naves.

Tuvo por mujer á Tercia, hermana de Bruto, lo que sin duda sirvió mucho para estrechar la amistad entre los dos, pues por lo demás, tenían carácter totalmente distinto y aun más diferente en los principios filosóficos. A pesar de ello siguieron siempre el mismo partido é igual conducta política. Casio era hombre de valor, de talento, de ingenio y de doctrina, pero de temperamento colérico y cruel. Bruto tenía muchos amigos porque era muy amable, y Casio porque nadie le quería por enemigo. Éste en sus últimos tiempos abandonó la escuela de los estoicos y pasó á la de Epicuro, cuya doctrina le pareció más natural y conforme á la razón; pero defendiendo que los placeres recomendados por su nuevo maestro consistían solamente en la práctica de las virtudes y de la justicia, y así, aunque hacía profesión de epicúreo, vivía como estoico. Sus deleites eran siempre moderados y grande su templanza y sobriedad en los alimentos, pues nunca bebió vino.

Desde su más tierna juventud comenzó á respetar y seguir á Cicerón, así como todos los demás jóvenes inclinados á la virtud. Su amistad se estrechó mucho cuando la guerra civil y durante el mando de César, por pensar ambos de un mismo modo, y porque natural-

mente se comunicaban sus cuitas por cartas con la confianza de íntima unión. Cicerón le censura en algunas de las suyas por haber abandonado sus antiguos principios y abrazado el epicureísmo, pero alaba al mismo tiempo la honradez con que había hecho aquella mutación. «Si tú apruebas esa secta, le dice, recelaré hay en ella más fundamento del que yo pensaba».

Algunos autores antiguos han creído hallar el motivo del odio de Casio contra César en disgustos particulares que éste dió á aquél, como, por ejemplo, haberle quitado algunos leones que Casio tenía guardados para una fiesta pública; haberle negado el consulado y preferir á Bruto para la primera pretura. Sin embargo, no es necesario buscar las causas de ello fuera de sus principios y su antipatía. César conocía bien que esto era lo que debía temer, y por eso cuando le aconsejaban que se guardase de Antonio y de Dolabela, respondía que si temía á algunos no era á los alegres y engalanados, sino á los que manifestaban desaliño y melancolía.

Los principales jefes de la conjuración, después de Marco Bruto y Casio, eran Décimo Bruto y Cayo Trebonio. Ambos habían seguido constantemente el bando de César, distinguiéndoles éste en todas sus guerras con mil favores. Décimo pertenecía á la misma familia que Marco Bruto, y César, sospechando de un apellido que tenía aversión hereditaria á los reyes, procuraba por todos los medios posibles ganarle. Creía haberlo conseguido dándole el gobierno de la Galia Cesalpina, nombrándole cónsul para el año siguiente y su segundo heredero, después de su sobrino Octavio. No sabemos que Décimo se distinguiese por algún carácter particular ni acción sobresaliente, ni que hubiese mostrado gran celo por la patria; de modo que, después del suceso, todos se admiraban de verle en el número de los conjurados.

No obstante, era hombre de valor, generoso y magnífico; poseía inmensas riquezas, usando de ellas con juicio y honor, y en la guerra siguiente empleó algunos millones propios en mantener un ejército contra Antonio.

Trebonio no podía vanagloriarse de su nobleza, porque era hombre nuevo y senador de la creación de César, que le había ido levantando por todos los grados de los cargos públicos hasta la dignidad de cónsul, la cual obtuvo por tres meses. Antonio decía que era hijo de un bufón, pero Cicerón asegura que su padre era caballero romano. Su prudencia, su rectitud, la suavidad de su carácter, su gusto por las bellas artes y la amabilidad constante de su trato, le daban mérito algo más sólido que el de la nobleza. Después de la muerte de César publicó un libro de los dichos agudos de Cicerón, que pudo recoger, y Cicerón, dándole gracias por ello, le dice que, con su estilo, les había añadido mucho gracejo y amenidad. Los historiadores no dicen por qué razón Trebonio pudiese conspirar contra la vida de un hombre de quien había recibido tantos beneficios, y así es forzoso convenir con Cicerón en que sólo le movió su amor á la patria, que le hizo preferir la libertad de Roma á la amistad de un particular, y la gloria de deshacerse de un tirano á la utilidad de ser partícipe de su fortuna y poder.

Los demás conjurados eran, ó jóvenes nobles que deseaban vengar la ruina de sus familias, ó la muerte de sus parientes, ó ciudadanos del común, pero de fidelidad y valor conocidos por Bruto y Casio. En una junta general convinieron todos en ejecutar su proyecto en el Senado el día de los idus de Marzo, es decir, el quince de aquel mes, contando con que el Senado aplaudiría su acción y aun les ayudaría á ella. Atribuyeron á fortuna que aquel día se debiese reunir el Senado en la Curia que Pompeyo había construído junto á su teatro,

y por consiguiente, el poder sacrificar á César al pie de la estatua de su insigne rival, como una víctima ofrecida á su memoria.

Los conjurados estaban persuadidos de que toda la ciudad se declararía en su favor: sin embargo, para mayor cautela, Décimo Bruto, que mantenía gran número de gladiadores, les mandó que estuviesen armados y prontos á la primera señal. La única cosa en que no estaban conformes era en lo que debían hacer de Marco Antonio y Lépido. Los más querían matarlos juntamente con César, y en especial á Antonio, que era el más inquieto de los dos y el que más se opondría á la libertad que querían restablecer. Sobre todo, Casio insistía enérgicamente en que se deshiciesen de él; pero los dos Brutos lo defendieron y atraieron á todos los demás á su opinión. Decían que no convenía derramar más sangre que la necesaria, porque harían daño á su propia causa y adquirirían el concepto de crueles: que parecería intentaban vengar, no la patria, sino la muerte de Pompeyo, y no pensar en restablecer la libertad, sino en satisfacer sus agravios particulares y en apoderarse del mando absoluto. Pero lo que más sirvió para salvar á Antonio fué la vana persuasión en que los más estaban de que, en perdiendo el apoyo de César, sería más tratable y se pondría del partido que le dictaban las circunstancias. Este error les hizo perder todo el fruto de su empresa y ocasionó la ruina de todos ellos, y Cicerón se lo echó en cara muchas veces.

Los historiadores cuentan varios prodigios que, al parecer, anunciaban la muerte de César. Cicerón refiere muy al por menor uno de los más notables. En un sacrificio que se hizo en presencia de César, antes de los idus de Marzo, estando él en su silla de oro con toga triunfal, se halló que la víctima, un buey, no tenía corazón. César mostró admirarse de este accidente, y el

arúspice Spurina le dijo que tratase de no exponer su vida por falta de prudencia, porque el centro de la vida y de la prudencia está en el corazón. Al día siguiente se repitió el sacrificio con esperanza de hallar las entrañas de la víctima mejor dispuestas, pero se vió que le faltaban algunas partes nobles, como el hígado y el pulmón, lo cual se interpretó como uno de los agüeros más funestos.

Cicerón ridiculiza todos estos prodigios; pero en el pueblo pasaban por certezas muy respetables, y los más convencidos se decían al oído que la vida de César corría gran riesgo. Sus amigos, que también estaban muy temerosos, procuraban infundirle las mismas desconfianzas, y lo consiguieron hasta hacerle dudar si iría, ó no al Senado, no obstante estar ya reunido por orden suya. Décimo Bruto, burlándose de tales recelos, le advirtió que no podría dispensarse de ir sin ofender al Senado, y por esto le forzó, por decirlo así, á precipitarse en el abismo á que su destino le arrastraba.

Aquella mañana M. Bruto y C. Casio se presentaron en el Foro para oír y juzgar los pleitos, según costumbre, en calidad de pretores, llevando escondidos debajo de las ropas sus puñales; sin embargo de lo cual, nadie reconoció en sus semblantes la más pequeña alteración, y mantuvieron siempre la misma calma y tranquilidad que si no tuviesen el menor cuidado ni proyecto. Les dieron aviso de que César iba al Senado, y levantándose al punto fueron allá y ejecutaron su terrible resolución con tanta furia, que por precipitarse todos á dar el primer golpe á César, se hirieron los conjurados unos á otros.

Así murió el más ilustre de los romanos. Ningún conquistador se vió en tan alto grado de gloria y de poder; mas para levantar tan maravilloso edificio, causó mayor ruina y desolación en el mundo de la que hasta enton-

ces se había visto en él. Se alababa de que en la conquista de las Galias habían perdido la vida un millón ciento noventa y dos mil enemigos. Si á este número se unen los súbditos que hizo perder á la República y se valúan por la regla de ser muchos de ellos ciudadanos, cuya vida era para ella de superior precio, bien se podrá duplicar la suma. Con todo esto, después de haber conseguido el imperio universal con tantos trabajos y con una serie continuada de rapiñas, violencias, muertes y estragos, no gozó más de cinco meses la satisfacción de tranquilo gobierno.

En su carácter reunía las mayores y más nobles cualidades que pueden hacer honor á la naturaleza humana, y dar á un hombre grande ascendiente sobre los demás. No menos superior en la paz que en la guerra, sus miras, sus ideas y sus razones eran admirables en el consejo; su intrepidez maravillosa en la acción, y cuando se trataba de ejecutar lo que una vez decidía, no ha habido en el mundo quien uniese tan perfectamente la firmeza con la diligencia. Era amigo extraordinariamente generoso, y por otra parte capaz de perdonar hasta á los que se manifestaban sus mortales enemigos. En cuanto á sus talentos naturales para la elocuencia y las ciencias que se cultivaban en Roma, casi no conocía superior. Su estilo era admirable por dos cualidades que rara vez van unidas, la fuerza y la elegancia. Cicerón le cuenta entre los oradores más célebres que Roma había producido, y Quintiliano dice que hablaba con la misma vehemencia que combatía, y que si se hubiese dedicado solamente al Foro, habría sido el único competidor de Cicerón.

Su talento no se limitaba á la bella literatura; era capaz de la más sublime y abstracta filosofía y abrazaba todas las ciencias. Entre otras muchas obras escribió una *de la analogía de la lengua* (esto es, del arte de ha-

blar y escribir correctamente), en dos libros dedicados á Cicerón. Los sabios y hombres de ingenio podían contar seguramente con su protección, de cualquier clase que fuese; y su afición al mérito le hacía perdonar las injurias de aquellos cuya habilidad admiraba.

Sus dos defectos capitales eran la ambición y los deleites. A una y otra pasión se entregaba sin medida; mas la primera dominaba á la segunda, y en cualquier caso sacrificaba todos los deleites á la ambición, sin que le detuviesen jamás el trabajo, la fatiga, ni los peligros cuando se trataba de adquirir el menor grado de gloria. El mando absoluto, como decía Cicerón, era su ídolo. Citaba á menudo aquellos versos de Eurípides que pintan muy bien la índole de su corazón :

*«Si se pueden violar las leyes patrias,
Sólo á fin de reinar pueden violarse :
En todo lo demás sé justo y pío».*

Todas sus miras, todos sus deseos se encaminaban á tal fin, y desde sus primeros años se propuso este plan. Catón, que le conoció bien, no se equivocaba cuando decía que tranquila y premeditadamente había formado el proyecto de arruinar la República. Él mismo solía decir que para lograr el mando y conservarle no había más que dos arbitrios : soldados y dinero; y que lo uno contribuía á lo otro, esto es, que con dinero se tienen soldados y con soldados se hace dinero. Por eso era insaciable en acumular riquezas sin reparar en el modo. Todo era igual para él; amigos, enemigos, templos, comunidades, particulares, cuando se trataba de aumentar su tesoro.

Sin nada de esto habría sido uno de los primeros ciudadanos de Roma por sólo su mérito, de ser capaz de reducirse á la condición de súbdito; pero su deseo era ser soberano. Le faltó solamente la prudencia en las

medidas que tomó para ceñir la corona, y parece que la altura del puesto le turbó la vista y le ofuscó la razón, pues por una ostentación vana destruyó lo efectivo y sólido de su poder. Semejante á los que adelantan la muerte viviendo demasiado de prisa, acortó su reinado por el ansia de reinar.

Después de su muerte disputaron algunos, y entre ellos Tito Livio, si hubiera sido más útil para la República que este hombre no hubiera nacido. La cuestión no podía caer sobre las acciones de su vida, porque en esto no había dificultad, sino sobre los efectos que produjeron después de su muerte, esto es, el establecimiento de Augusto y de un gobierno fundado en la tiranía. Suetonio, que examinó profundamente el carácter de César con aquella libertad propia del reinado feliz del español Trajano, bajo el cual escribía, declara, después de haber pesado bien sus virtudes y sus vicios, que fué muerto justamente. Este fué también el dictamen de todas las personas de juicio y desapasionadas que había en Roma al tiempo que sucedió el caso.

Otra cuestión hay más embarazosa que la pasada, á saber, si los que mataron á César debieron hacerlo. Muchos de ellos le debían la vida: otros habían recibido infinitos beneficios de él y por él gozaban de los mayores honores y riquezas; tanto, que su generosidad con estos favoritos causaba en gran parte el odio que se le tenía. Décimo Bruto se hallaba más particularmente en este caso, pues César le había nombrado su segundo heredero, y era él y no Marco, como muchos imaginan, por quien tenía predilección declarada. Pero todas estas razones no aumentaron ni disminuyeron el mérito ó la delincuencia de la acción, sino conforme á los prejuicios opuestos de los dos partidos. Los verdaderos amigos de César acusaban á sus asesinos de negra ingratitud por haber muerto á su bienhechor, y los partidarios de

la libertad les prodigaban los mayores elogios, mirándolos como los más virtuosos y mejores de todos los hombres, pues habían sacrificado sus particulares intereses por hacer tan importante servicio á la patria.

Cicerón siempre habla de esta manera : «La República les debe eterno reconocimiento, por haber preferido el bien común á la amistad particular. Los que objetan que los matadores le debían la vida, podían considerar que era un beneficio de salteador de caminos y que César había comenzado por usurpar el poder de darles muerte».

Hircio y Pansa, que fueron los más fieles á César, le aconsejaban siempre que, por la seguridad de su persona, mantuviese una buena guardia, repitiéndole continuamente que el poder adquirido con las armas sólo con ellas se podía mantener; pero él contestaba que prefería morir á vivir temiendo siempre. Se burlaba de Sila porque renunció el poder supremo y restableció la libertad, y le trataba de necio por haberlo ejecutado. Pero Sila, según observa un autor muy juicioso, seguía mejores principios que él. Cuando formó su guardia creyó deber renunciar la autoridad absoluta, y César, conservando ambas cosas, incurrió en el odio general, contra el cual no hay defensa humana.

Durante su administración hizo muchas leyes excelentes para restablecer el orden y la disciplina. La más útil fué la que limitaba al tiempo de un año los gobiernos de las provincias pretorias y al de dos las consulares. Cicerón deseaba una ley semejante en los mejores tiempos de la libertad, y el mayor dictador de la antigua República, Mamerco, pensaba que la seguridad de ella consistía principalmente en no perpetuar el mando arbitrario, poniendo límite al tiempo, ya que no era posible ponerle á la autoridad. César mismo conocía por hechos y experiencia propia, que la prolongación de

gobiernos y el hábito de mandar reinos enteros inspiraba tanto desprecio de las leyes como daba facilidad de quebrantarlas : y así el fin de la ley que hizo era precaver que otros no siguieran sus pasos.

Cicerón se halló presente á la muerte de César, fué testigo de los golpes mortales y le vió exhalar el último suspiro. No disimuló la alegría que le causaba aquel suceso, libertándole de la necesidad de reconocer un superior y de la indignidad de hacerle la corte. Quedaba además, sin duda alguna, el primer ciudadano de Roma, el más poderoso y respetado por el gran crédito que gozaba en el Senado y en el pueblo. Los mismos conjurados tenían de él esta opinión y le miraban como el más seguro de sus secuaces. Bruto, luego que traspasó el pecho de César, levantando el puñal ensangrentado, llamó á Cicerón para darle la enhorabuena de la recobrada libertad, y después los conjurados se encaminaron al Foro con los aceros en las manos gritando libertad y nombrando á Cicerón para justificar lo hecho con su crédito y aprobación. Marco Antonio se valió de esta circunstancia después para acusarle públicamente de haber sido partícipe de la conspiración fomentándola con sus consejos; pero lo cierto es que no supo de ella la más mínima cosa, no obstante vivir en la mayor intimidad con los principales conjurados y de tener éstos gran confianza en él. Su edad, su carácter y su dignidad no eran propias para una empresa de aquella clase, mayormente con unos cómplices casi todos jóvenes o de condición demasiado baja para asociarse con ellos.

A esto se agrega que les hubiera sido de poca ó ninguna utilidad en la ejecución, y al contrario, realizada esta, haría su opinión inmenso efecto para justificarlos porque, no habiendo tenido parte, estaba libre de toda sospecha de interés personal. Estas debieron ser las razones de Bruto y Casio para no darle cuenta de sus

designios; pues de existir otras ó de poder recibir alguna interpretación contraria á su honor, sus enemigos, y en particular Antonio, no habrían dejado de echársela en cara.

Lo que hay de cierto es que Cicerón en sus cartas muestra que tenía bien previsto este acontecimiento y que lo deseaba con ansia: y así escribía á Atico «que el reinado de César no podía durar seis meses, siendo infalible que acabaría en breve por sí mismo ó por sus enemigos, y que esperaba no morir sin verlo». Se ve que conocía el descontento general de todos los hombres honrados de Roma, que se lo comunicaban libremente por carta, y se deja conocer que en las conversaciones familiares se lo descubrirían con mucha más confianza.

Conocía además los genios altivos é intolerantes de Bruto y Casio y la impaciencia con que sufrían el yugo. En fin, tenía con ellos la más estrecha correspondencia, como si se propusiese animar su valor y mantenerlos en su propósito.

Habiéndole escrito Atico que habían puesto la estatua de César en el templo de Quirino junto á la diosa de la Salud, le respondió: «Más me gustaría que estuviese junto al dios, que al lado de la diosa», aludiendo al violento fin que tuvo Rómulo.

De otra carta se infiere que había tenido con su amigo alguna conversación sobre los medios de inspirar á Bruto una resolución generosa, representándole las gloriosas hazañas de sus mayores. «¡Bruto, le dice, espera de César noticias que puedan consolar á los hombres de bien? La única sería oír que se había ahorcado. ¡Pero con cuánta precaución el tal Bruto! ¿Qué se ha hecho de los retratos de Ahala y de Junio que yo vi en Parténope con las inscripciones que tú sabes? Pero en fin, ¿qué es lo que hace?»

Debemos notar también que en los libros que por

aquel tiempo dedicó á Bruto toca siempre con mucho artificio las públicas calamidades y la particular de Bruto, que se veía sin ninguna facilidad para emplear sus talentos, y le recuerda sus gloriosos ascendientes á quienes Roma había debido su libertad. En prueba de ello, véase cómo acaba su *Tratado de los insignes oradores*: «Cuando te considero, Bruto, me causa compasión ver tu juventud inutilizada en medio de su carrera por el miserable estado de tu patria. El dolor que esto me causa es igual al de Atico, que te ama no menos que yo, y tiene de ti el mismo concepto. Nuestros deseos de tu felicidad y de tu honor son los mismos; pues se dirigen á verte coger el fruto de tus méritos y á que vivas en una República en que tengas ocasiones, no sólo de renovar, sino de aumentar la gloria de tus mayores. Tú eras dueño del Foro con reputación sólida, y entre todos los oradores, nadie era tan aplaudido como tú por la elocuencia y doctrina, acompañadas de igual virtud. Tú necesitabas de la República, y ahora la República necesita de ti. En fin, aunque la ruina de nuestra libertad haya cuasi obscurecido el brillo de tus talentos, continúa, amado Bruto, y no abandones tus estudios»...

Todos estos conceptos prueban, que si Cicerón ignoraba el fondo y las circunstancias de la conspiración, sabía á lo menos en general que había algún gran proyecto, al cual contribuía él con sus exhortaciones. En sus respuestas á Antonio no niega que haya previsto la muerte de César, y confiesa claramente que se había alegrado mucho de ella, creyéndose honrado de que se sospechase que había tenido parte en una acción tan gloriosa. «Si no es tú, le dice, y algunos otros adula-dores que teníais interés en que él reinase, ¿quién hay que no desee haberla hecho ó que después la haya desaprobado? Todos los hombres de bien concurrieron en

cuanto estuvo de su parte á la muerte de César; á unos faltó la prudencia, á otros el valor, y la ocasión á otros, pero la voluntad á ninguno».

Con la primera noticia de un caso tan terrible se difundió la consternación en toda la ciudad; pero los conjurados la calmaron publicando por todas partes paz y libertad, encaminándose al Foro enarbolando delante de ellos un gorro frigio en la punta de una pica, que era el emblema de la libertad. Pensaba Bruto pronunciar un discurso al pueblo informándole de lo ejecutado y de sus razones; pero viendo el bullicio y la confusión que había, y no sabiendo lo que podía esperar ó temer de aquella multitud de ciudadanos ni del gran número de soldados que había venido á Roma para acompañar á César á la guerra de los Partos, resolvió retirarse al Capitolio. Viéndose allí defendido por la situación y por los gladiadores de Décimo, convocó al pueblo por la tarde, y con un bien meditado discurso justificó su conducta y sus motivos, y exhortó á los ciudadanos á que defendiesen la libertad que acababa de restablecer contra los partidarios de la tiranía. Cicerón le acompañó al Capitolio con la mayor parte del Senado, y allí tuvieron consejo sobre la situación de los negocios y los medios de afianzar el fruto de tan gran revolución.

Antonio, por otra parte, atemorizado con el arrojode los matadores y viendo el riesgo que corría su vida, se quitó la toga consular, y disfrazado con un vestido humilde, logró esconderse en su casa, donde se atrincheró lo mejor que pudo, para defenderse en caso de necesidad, y allí se estuvo todo aquel día; pero viendo la tranquilidad y moderación de los conjurados, cobró aliento su avilantez, y al día siguiente salió de su retiro.

Estando los negocios en esta situación, Lucio Cornelio Cinna, uno de los pretores y pariente muy cercano de César, hizo el elogio de los conjurados en un discurs-

so que dirigió al pueblo, en el cual, no contento con alabar su acción, exhortó á los oyentes á pedirles bajasen del Capitolio, y á conferir todos los honores debidos á los libertadores de la patria. Al final de su discurso quitóse la toga de su cargo, y arrojándola con desprecio, declaró que no quería tener las insignias de una dignidad que había recibido de un tirano en perjuicio de las leyes; pero al día siguiente, habiéndole encontrado por la calle unos soldados de César, excitaron contra él al populacho, que le persiguió á pedradas hasta una casa donde se refugió, en la que tampoco habría quedado seguro del furor de la canalla, si Lépido no le hubiera protegido con un manípulo de soldados.

Hacía tiempo que Lépido estaba fuera de las puertas de Roma con un ejército, dispuesto á partir para España, cuyo gobierno le había conferido César con una parte de la Galia. La noche siguiente á la muerte de César entró en Roma con sus tropas, se apoderó del Foro, y viendo que ninguno podía igualarle en fuerzas, tuvo intención de pasar á cuchillo á todos los conjurados y apoderarse del gobierno; pero su carácter débil é inconstante le privó del valor necesario para tanta empresa, y le hizo ceder á las insinuaciones de Antonio, que le disuadió de aquella idea para que prosperasen las suyas, persuadiéndole de lo difícil y peligroso que era su proyecto, mientras el Senado, la Ciudad y toda Italia parecían declarados contra los partidarios de César. Añadió que era menester engañar á sus enemigos con apariencias de paz para ponerse en estado de acabar seguramente con ellos, y le ofreció unir sus intereses con los del mismo Lépido; no pidiéndole más dilación que la que dictaba la prudencia para encargarse, junto con él, de la venganza de su bienhechor. Con esta última promesa se hizo dueño de él y acabó de afianzarle dando su hija por esposa al joven Lépido. Después

le ayudó á ponerse en posesión de la dignidad de Sumo Pontífice, vacante por muerte de César, sin pasar por las formalidades ordinarias de las elecciones. Esta apariencia de amistad con Lépido dió tanta osadía á Antonio en todas sus resoluciones, que se valió de su autoridad y fuerza para poner miedo á los conjurados y obligarles á abandonar la ciudad; y luego que sacó de él toda la autoridad que necesitaba, le persuadió se fuese á su gobierno con pretexto de mantener obedientes las provincias, y aconsejándole se colocase con su ejército en la parte de la Galia más cercana para entrar en Italia al primer aviso.

Los conjurados no habían pensado en otra cosa que en dar muerte á César, y lejos de haber formado sistema alguno bueno ó malo para después; parecían tan admirados de su propia acción como los demás ciudadanos. Confiaron enteramente en la bondad de su causa, como si el haber puesto la primera piedra al edificio de la libertad bastase para conseguir todos sus efectos. La ruina de César en el colmo de su grandeza y poder les pareció bastante para quitar á sus más fieros partidarios la gana de sucederle. A la verdad, habían confiado mucho en la autoridad de Cicerón, y la inclinación de éste en ayudarles, á lo menos en sus consejos, correspondió á sus esperanzas.

Cicerón sabía que el favor del pueblo estaba con ellos, y que si la fuerza de las armas no les arrojaba de la ciudad, serían dueños de ella. Les había aconsejado desde el primer momento que se aprovecharan de la consternación de los amigos de César y de la unión de su propio partido. Propuso que Bruto y Casio, como pretores, convocasen legítimamente el Senado, donde se dictasen algunos decretos vigorosos para asegurar la tranquilidad pública. Bruto no aprobó estos consejos, porque quería mostrar en todo extrema moderación y quiso

guardar todo el respeto á la autoridad del cónsul, creyendo erróneamente que Antonio era capaz de adoptar partidos tan justos y virtuosos como los suyos; y así propuso enviarle una diputación de senadores que le exhortasen á la paz.

Cicerón se opuso á este dictamen, probando con la mayor fuerza que no era seguro tratar con Antonio, porque mientras temiese, prometería, y pasado el peligro, no cumpliría nada. Todo fué en vano; prevaleció el parecer de Bruto, pero mientras los diputados perdían el tiempo en negociaciones inútiles, Cicerón se mantuvo firme en su dictamen, sin moverse del Capitolio, y en los dos primeros días ni aun quiso ver á Antonio.

El éxito confirmó sus predicciones, pues Antonio estaba muy lejos de querer la paz ni el bien de la República, ni pensaba en otra cosa que en apoderarse del mando luego que se viese con fuerzas para ello; y, con pretexto de vengar la muerte de César, perder á cuantos creía capaces de oponerse á su proyecto. Con este fin, y para engañar á los republicanos, respondió á todo con mucha moderación y cortesía, protestando que su inclinación era siempre por la paz y que nada deseaba tanto como el restablecimiento de la República.

Dos días se pasaron en estas negociaciones, haciéndose de una y otra parte las mismas protestas con la mayor apariencia de sinceridad amistosa. Al tercer día reunió Antonio el Senado para arreglar las condiciones de la paz y autorizarlas con un acto solemne. En aquel consejo propuso Cicerón que, siguiendo el ejemplo de Atenas, para fundar una paz durable era preciso conceder un armisticio general. Todos aplaudieron el pensamiento y Antonio mostró la mayor dulzura y suavidad, no hablando de otra cosa que de paz y de hallar remedio á los males del Estado; y para quitar toda des-

confianza propuso que los conjurados viniesen al Senado, ofreciendo, para su seguridad, dar en rehenes á su hijo.

Con esta condición bajaron todos del Capitolio y los de ambos partidos se trataron con la mayor cordialidad, de suerte que Bruto comió con Lépido y Casio con Antonio, y todo el día se pasó en aclamaciones por la libertad recuperada y la paz restablecida.

Con todo esto, si los conjurados hubiesen procedido con más reflexión, habrían concebido alguna desconfianza de Antonio, viendo que proponía se confirmasen las actas de César con pretexto de mantener la paz. Es verdad que al principio pareció algo sospechosa esta demanda y que le pidieron explicase qué extensión las quería dar; pero á esto respondió que hablaba de las actas que todos sabían y que estaban insertas públicamente en los registros de César.

Preguntado si entendía que los desterrados fuesen restituidos á la patria, respondió que uno solo y no más. Si juzgaba que en dichas actas se concedían inmunidades de cargas á algunas ciudades ó reinos, declaró que no; conviniendo en que se entendiesen aprobadas con las restricciones que había propuesto Servio Sulpicio y en que se diesen por nulas todas las exenciones posteriores á los idus de Marzo.

Aunque esta respuesta era un poco equívoca, la dió con tal apariencia de sinceridad y candor, que todos la hallaron muy admirable, y si hubo algunos que no se dejasen llevar de las apariencias, no se atrevieron á replicar, porque el ejemplo de Sila favorecía esta opinión. Además, Bruto y sus amigos tenían razones particulares para pensar bien de la sinceridad de Antonio; porque sabían lo mal que César le trató en varias ocasiones, sintiéndose tanto de ello, que pocos meses antes y en union de Trebonio, conspiró contra su vida, y aun-

que esta conjura no tuvo efecto, juzgaban que en el fondo de su corazón subsistían las mismas disposiciones. En este concepto no le mataron el día que á César, y Trebonio, mientras se ejecutaba el homicidio, le llamó aparte como si tuviese algo importante que decirle, pero era para no verse en la necesidad de darle también de puñaladas si intentaba hacer alguna resistencia.

Cicerón se lamentó muchas veces de la imprudente confianza de los conjurados, y tuvo razón, pues arruinaron su causa, dando tiempo al enemigo para volver en sí del miedo, y juntar fuerzas que le obligaran á consentir, á su despecho, otros varios decretos perjudiciales. Uno de ellos fué á favor de los soldados veteranos que estaban armados para cualquiera empresa, y otro, más extravagante, sobre hacer un magnífico funeral á César.

Aunque Cicerón se opuso, de nada sirvió, porque Antonio, que miraba esta ceremonia como la ocasión más favorable para inflamar al pueblo y sublevarle contra el partido republicano, había tomado bien sus medidas. Supo manejar su máquina tan hábilmente, que en el horrible tumulto que excitó, costó infinito á Bruto y á Casio librar sus personas y casas del furor del populacho. Elvio Cinna, amigo antiguo de César, tuvo la mala suerte de que los amotinados le encontrasen por la noche retirándose á su casa y le hicieron pedazos, tomándole por el pretor del mismo apellido que había arengado violentamente contra César en los Rostros. Esta desgracia puso tanto miedo á los que tenían los mismos apellidos que los conjurados, que un Senador llamado Cayo Casca, hizo pregonar por toda la ciudad que él no era Publio Casca, el que dió la primera puñalada á César.

No es cierto, como comúnmente se cree, que estas violencias procediesen de la indignación de los ciuda-

danos contra los matadores de César, ni que la vista de su cadáver y toga ensangrentada, ni la elocuencia de Antonio, que hizo su oración fúnebre, disminuyesen la aversión que el pueblo profesaba á la tiranía; antes al contrario, es ciertísimo que tanto después de muerto como en vida, aborrecieron á César los romanos. En todo el curso de su dominación no pudo conseguir de ellos la menor señal de favor ni aprobación, y su memoria no les fué más agradable. En cuantas ocasiones pudieron dar á entender su verdadero modo de pensar, como en las fiestas públicas y espectáculos, manifestaron que tenían en su corazón á Bruto y á Casio.

Por eso Cicerón no cesaba de citar el honor que se les hacía como el más poderoso estímulo para servir bien á la patria. Fueron, pues, los artificios de Antonio y las intrigas de sus emisarios quienes suscitaron tan funesto tumulto en las exequias de César. Los insurrectos eran una mezcla confusa de esclavos, de forasteros y de la más vil y miserable canalla, vendidos todos á la facción de Antonio, enemigos naturales de la paz y buen orden, preparados á cualquiera violencia contra los ciudadanos pacíficos, desarmados la mayor parte, y que vivían seguros en la confianza de la justicia, de las leyes y de la buena causa.

Cicerón llama á este motín conspiración de libertos de César, que quiere decir que la sedición no tenía jefes. Los judíos se mezclaron también en el tumulto por el odio que tenían á Pompeyo desde que entró y profanó su templo de Jerusalén, y su luto por la muerte de César fué tal, que durante varias noches visitaron su sepulcro haciéndole funerales conforme á su rito.

Esta primera prueba de la perfidia de Antonio fué un aviso nada equívoco para los conjurados, los cuales conocieron por fin que no debían fiarse de sus palabras, y que no estaban seguros en una ciudad donde él era el

más fuerte, si no conseguían que el Senado les diese una guardia para su custodia. Con este fin la pidieron, pero Antonio supo aumentarles el temor haciéndoles decir que los soldados y la plebe estaban tan furiosos, que no respondía de sus vidas si se detenían más en Roma. Con este aviso que se les dió por medios secretos varias veces, tomaron la resolución de abandonar la Ciudad.

Trebonio se fué á su gobierno de Asia, porque temió que las intrigas de Antonio se lo hiciesen quitar. Décimo Bruto por la misma razón se retiró á la Galia Cisalpina para fortificarse en ella contra todo acontecimiento y estar á la mano, por la cercanía de Roma, para socorrer y animar á los partidarios de la libertad. Marco Bruto se encerró con Casio en una quinta suya del territorio de Lamivio, para observar los movimientos del enemigo y tomar partido según las circunstancias.

Luego que partieron los conjurados, volvió Antonio á disimular, y fingiendo mucho pesar por las violencias pasadas, que atribuía á la casualidad y al furor de un vil populacho, comenzó á hablar bien de Bruto y Casio, nombrándoles siempre con respeto y elogio, y presentó con afectación en el Senado varios decretos que, siendo verdaderamente útiles, aparentaban nacer de un pecho bien inclinado á la paz. Entre otras cosas propuso que se aboliese el cargo y hasta el nombre de dictador; con cuyo hecho pareció tan claramente probada su sinceridad, que el Senado le correspondió con mil aclamaciones y pasó el decreto sin contradicción, acordando se le diesen gracias en nombre del público. A la verdad, semejante propuesta era digna de ser admirada, pues, como nota el mismo Cicerón, imprimía una mancha indeleble en la memoria de César.

Desde que Bruto y Casio se fueron de Roma, no que-

dó á Cicerón ninguna esperanza de poder resistir á las fuerzas del cónsul Marco Antonio, por lo cual determinó marcharse también, quejándose en sus cartas de que se había perdido la ocasión de restablecer la República por la indolencia de sus amigos. «En todo este negocio, decía, nada hallo bien hecho más que lo de los idus de Marzo... El valor fué de hombres, pero la conducta de niños».

En su viaje observó la satisfacción general que había causado la muerte de César. «No hay palabras, escribía á Atico, con qué explicarte las muestras de alegría que veo en todas las gentes. Todos me buscan, me rodean y quieren oír de mi boca la relación de lo sucedido... ¡Pero cuán absurda es la política que seguimos ahora! Toda nuestra conducta es una pura contradicción. Murió el tirano, mas vive en sus secuaces y subsiste la tiranía. Exaltamos hasta las nubes á los tiranicidas, y defendemos lo que el tirano dispuso. Vemos la República aniquilada después de haber restablecido la libertad».

Atico le enteró de los aplausos que el pueblo había tributado en el teatro á Publio, famoso comediante, por algunas expresiones alusivas á la libertad, añadiendo que cuando Lucio Casio, uno de los tribunos hermano del conjurado se presentó en él, fué acogido con aclamaciones. Estas noticias servían á Cicerón de pruebas de que sus amigos se habían engañado fiando tanto en la justicia de su causa que se estuvieron quietos sin hacer cosa alguna, mientras sus enemigos practicaban cuantas diligencias podían para perderlos. La inclinación general y aprobación declarada que mereció su hecho, podían haber producido grandes efectos á favor de la libertad; mas por su desidia sólo produjo el de obligar á Antonio á conducirse con el fingimiento que había comenzado.